



LA ALFARERA, 1960

Texto:
Fernando Pérez

LAS ALFARERAS SIN IRIS:
UN HOMENAJE DE PADRÓN A LA CULTURA.

Fernando Pérez

Aces de luz a modo de ojos externos que todo lo ven y escudriñan. Focos que son campos de visión que se ensanchan mientras se alejan, que crean el color y fraccionan los planos haciendo traslucidos los cuerpos, que nos hablan de dragos rojos de sabia-sangre. Al fondo un cielo residual de azul intenso que quizás sea la noche y otra fracción, más clara, que nos habla del día, una nube y dos montañas, en primer plano un claro predominio de la presencia humana y de lo humano.

Rostros sin rastros, sin arrugas en las que escarbar. Pies recios de grandes dimensiones, pies raíces que, al aumentar su tamaño, incrementan la estabilidad y el contacto con la tierra. Manos voluntariamente desproporcionadas en contacto con la arcilla o con ésta transmutada en cerámica...pareciera que el autor nos dijera que las mujeres descalzas retratadas son parte de la tierra. Pulgares desaparecidos porque están moldeando el barro y al desaparecer hacen de las manos palas aparentes.

Los cuerpos-con piel morena curtida por el sol-, no presentan rastros de articulaciones, son mujeres de una sola pieza; quizás no sean mujeres sino conceptos. Ojos sin iris que no ven, se diría que las alfareras son parte del paisaje, de un paisaje canario que está siendo observado desde la autoconciencia y posterior abstracción de uno de sus componentes:

Antonio Padrón. El autor no quiere que una mirada nos distraiga del conjunto, de su idea.

Las alfareras no son seres individuales concretos, individualizados, son sólo el vehículo de lo que nos quiere contar el pintor. Los ojos que no ven evocan cavidades internas, cráneos que son cuevas, quizás vidas interiores en el seno de una comunidad. Y en la cueva el teatro de la cultura común.

El pintor parece conducirnos a lo recóndito del cráneo-cueva, donde, en el cerebro, vive una cultura que se transmite de padres a hijos y en cuya transmisión y aprendizaje el papel que juega la mujer-alfarera es determinante, sobre todo, en los primeros años de vida en los que se moldean-educan, como la cerámica, los nuevos miembros de la comunidad.

La cultura sería pues lo que el pintor quiere mostrarnos. La cultura como argamasa que mantiene unida la sociedad, y antes de unirla la crea, como intercambio no sólo, entre las personas que hoy formamos la comunidad, sino también, entre los que nos precedieron, nosotros y los que están por venir. Sin la cultura, que es un bien característico de toda la humanidad pero que se concreta en lo próximo engendrando diversidad, no se entiende la humanidad y su evolución.

Antonio Padrón nos quiere hablar pues de la cultura como memoria colectiva que, como dijimos, en parte es universal y en parte varía con cada grupo, de ahí que el pintor se centre en la cultura canaria como una de las formas de la cultura universal y para ello elige la producción de cerámica. El artista nos lleva a lo universal desde lo local...porque lo

universal no existe al margen de lo local, todo requiere una adaptación a las circunstancias.

La cerámica entronca el mundo prehispánico canario con los nuevos canarios. Asimismo, escoge la cerámica quizás también porque nos habla de un pueblo asentado en un territorio, vinculado a un determinado medio natural, no olvidemos que la cerámica aparece con los primeros asentamientos estables de agricultores y ganaderos.

En ese territorio, que es Canarias, un pueblo sedentario agrícola interactúa con el medio modificándolo, creando formas nuevas, nuevos paisajes y paisanajes que hablan de una ordenación racional del espacio que, además de ser marco, es también protagonista de nuestra historia. Territorio-lienzo de mar ausente, de paisajes doblemente interiores donde no se asoma el mar que nos hace islas.

También la cerámica implica un proceso transformador del medio y tiene un enorme poder evocador ya que supone que el hombre en un acto creativo es capaz de transformar la tierra que pisa, de darle forma, de huir de lo dado y construir algo nuevo que no aparece ante nosotros de manera natural. La creación, que necesita planificación, también es un intento de salir del caos y ordenar el mundo, aunque sea a pequeña escala, al convertir al ser humano en agente activo consciente de transformación de la realidad.

Antonio Padrón utiliza el mundo rural canario y el oficio de alfarera para contarnos lo que hemos mencionado anteriormente con una voluntad añadida de recoger y fijar para el futuro el proceso de creación de la

cerámica, que aún, hoy en día, se produce en nuestras Islas y en gran parte del planeta y, esto, lo hace con una estética contemporánea.

El pintor demuestra un gran interés por conservar, por dar testimonio, de la cultura rural de Canarias como una parte importante de nuestra identidad, no en vano, en nuestros campos se conservan reliquias vivas de nuestro pasado que, en los medios urbanos siempre más dinámicos y abiertos al mestizaje, han pasado al olvido. Tengamos presente que nuestros campos son museos vivos de nuestra historia, una historia desde lo cotidiano, hecha principalmente por seres anónimos, como nuestras alfareras sin iris, que son portadores de la intrahistoria, del acontecer diario y estable que moldea nuestra identidad.

Padrón, se nos presenta como un agricultor de esta historia próxima, de unos seres que no pretenden entrar en la galería de los héroes, y siembra, en ese terreno, la simiente de nuestra memoria, labrando con esmero el cultivo de la cultura que nos hace ser lo que somos; el pintor se convierte, así, en agricultor de nuestros sentimientos y de nuestra ideosincracia y transforma el lienzo en un campo abierto a numerosas lecturas.

El cuadro tiene una estructura narrativa que debe leerse circularmente siguiendo el sentido de las agujas del reloj. La lectura comienza en el margen inferior izquierdo donde una mujer doblada sobre la tierra recoge el barro en una posición casi circular- anatómicamente imposible fuera de un mundo agrícola no tecnificado-. En la parte superior otra mujer comienza el moldeado a mano aunque una superficie grisácea bajo su pie podría ser un pedal.

En la esquina superior, bajo un cielo de muy reducidas dimensiones con una nube blanquecina, una alfarera parece colocar a mano el reborde de la cerámica mientras otra, al lado, mantiene una pieza a la que parece aún no se le ha practicado el bruñido y de la que cae agua fragmentada en planos de colores sobre un fuego que con su contacto comienza a extinguirse. El fuego, situado en la esquina inferior derecha, pertenece a un horno abierto- se ven unos planos con colores rojizos, de texturas casi chispeantes- en el que se está produciendo la cocción de las piezas y donde la tierra deja de ser tierra para transformarse en cerámica.

En la misma esquina, sobre un recipiente cerámico con tapa y asa de suspensión, el autor marca una L invertida, con su borde marcado en blanco, que se entrelaza como un puzzle con otra superficie que al cruzarse forma otra L; quizás Padrón nos indique que está fijando el legado- la L significaría legado o quizás loza- de nuestra cultura, que mira, hacia atrás, al pasado, pero fecunda nuestra futuro.

Antonio Padrón, en las alfareras sin iris, nos habla, por lo tanto, de la cultura canaria que es, como toda cultura, cultura universal. Los tres haces de luz que se proyectan sobre el lienzo podrían indicarnos parte de la universalidad de nuestra cultura: los tres haces son tres focos que irradian hacia Canarias, el que desciende de la parte superior a la inferior sería la influencia europea llegada desde el norte, el foco que se proyecta de derecha a izquierda sería el foco cultural del noroeste africano y el que cruza el cuadro de izquierda a derecha la influencia del mundo hispanoamericano. De ahí que podamos plantearnos si estamos ante una formulación pictórica de la conocida tricontinentalidad.

En definitiva, el pintor, utilizando como metáfora la cerámica, focaliza nuestra atención sobre un mundo rural testigo vivo de nuestra intrahistoria, y fruto de numerosos cruces de caminos e influencias, que constituyen una base sólida sobre la que construir una identidad colectiva abierta al mundo y con proyección de futuro.

Fernando Pérez